

Cambios de acento

El acento puede tener en español un valor distintivo. Su dislocación origina a veces cambios de sentido: *marchó / márcho*, *cántara / cantára / cantarà*. Pero en la mayoría de las palabras la posición del acento es un hecho de norma, no de sistema. Es posible trasladar el acento de una sílaba a otra sin que se produzca ningún equívoco. Por eso en las canciones populares son frecuentes dislocaciones acentuales por exigencias del ritmo. Así oímos cantar a las niñas en corro:

quisiera ser tan alta
como la luná,
para ver los soldados
de Cataluñá...

O la conocida canción asturiana:

y esos clavelés
que en tu jardín
tienes sembradós,
verdes, azules
y coloradós.¹

De aquí también la réplica de las gentes a quienes se ha corregido su acentuación defectuosa: «Bueno, ¿qué más da *Dámaso* que *Damaso*, *méndigo* que *mendigo*? No veo la diferen-

(1) Pueden verse más ejemplos antiguos en *La versificación española irregular*, de HENRÍQUEZ UREÑA.

cia». Y, efectivamente, no la hay desde el punto de vista del sentido, que es lo más importante.

A pesar de esta posibilidad de realizaciones, la posición del acento en cada palabra suele ser estable en el español tanto sincrónica como diacrónicamente. Tiene por ello interés la observación de los pocos casos en que se han producido cambios de acentuación en las distintas épocas, o ésta no es actualmente uniforme.

Dentro de las palabras que han modificado su ritmo acentual figura un grupo de voces cultas, graves por lo general en la época medieval y clásica, y esdrújulas en la actualidad, tales como *médula*, *fárrago*, *parásito*, *vértigo*, *cónclave*, *cíclope*, *polígloa*. En otros casos, se ha producido una escisión dialectal. Existe una norma culta frente a otra popular o vulgar: *méndigo* / *mendigo*, *périto* / *perito*.

Este tipo de cambios se ha explicado como un fenómeno de ultracorrección. Y se ha hablado a propósito de ellos, de «pedantismo científico», «falso purismo», «manía esdrújulista». Parece como si el esdrújulo, por ser menos frecuente en castellano, fuese considerado por los semidocos como más elegante.²

Amado Alonso, en un amplio estudio sobre los cambios acentuales, se opone a esta interpretación en principio.³ Para él, la explicación «está siempre en la necesidad mental de ordenar y sistematizar la materia idiomática, en un prurito de construcción que lleva al parlante a relacionar determinadas secuencias de sonidos con determinados esquemas rítmicos». El hablante reconoce en una palabra una parcial homofonía con otras, lo que le lleva a identificar los esquemas rítmicos, aunque a veces —dice— «el mismo prurito constructivo se manifiesta en no querer reconocer la homofonía parcial que se presenta, por lo cual se la destruye alterando el ritmo». No obstante, al final de su estudio, A. Alonso no descarta to-

(2) MENÉNDEZ PIDAL, *Gramática histórica española*, § 6.3.4.

(3) AMADO ALONSO, *Problemas de Dialectología hispanoamericana*, en *Biblioteca de Dialectología hispanoamericana*, tomo I, pág. 317-371.

talmente el esteticismo pedantesco como fuerza afianzadora de los esdrújulos: «¿Queda, con esto, desechada la explicación tradicional del falso esteticismo? Como fuerza impulsora, sí; pero, si no siempre, en muchas ocasiones ha debido intervenir como afianzadora». Y más tarde añade: «Además del poder de atracción de tales asociaciones, puede reforzarse decisivamente por el placer estético que el oyente halla de reconocer en aquellas palabras un esquema rítmico que le parece más elegante.»

García de Diego, refiriéndose también a las traslaciones acentuales, considera a la analogía como la causa principal de las mismas, y cita ejemplos de alteraciones antiguas y modernas como confirmación.⁴

Pienso que puede ser interesante volver de nuevo sobre este tema, aunque sólo sea de un modo parcial. Parcial porque prescindiremos de algún tipo especial de cambio tal como el de *reína* a *réina*, y también por el reducido número de casos que examinaremos. Hemos prestado atención sólo a voces de la lengua general o a dialectalismos recogidos de las hablas asturianas.

Méndigo

La acentuación esdrújula es común al español vulgar en España y América. El paso del medieval y clásico *méndigo* al vulgar *méndigo* se ha explicado por manía esdrújulista, la misma que habría impuesto *vértigo*, *fárrago*, *médula*, *parásito*. Cervo cita el testimonio de Eugenio de Ochoa: «Hay quien parece que va a desmayarse de gusto cuando dice que ha dado limosna a un *méndigo*».⁵ Esta puede ser, desde luego, la impresión para el que habla desde otra norma. Pero para el que habitual-

(4) V. GARCÍA DE DIEGO, *Gramática histórica española*, pág. 46 y siguientes.

(5) A. ALONSO, obra citada, pág. 354. Todas las referencias a AMADO ALONSO en este trabajo se referirán al estudio citado anteriormente.

mente dice *méndigo*, no existe ningún regusto especial al expresarse de este modo. No se trata de una palabra elegante o no elegante. Es simplemente la única para ese concepto. Y cuando se corrige su acentuación, queda sorprendido, pues no se da cuenta de que la expresión de los demás es distinta de la suya.

G. de Diego piensa en el influjo del sufijo átono *-igo* (*albérchigo*) que habría atraído lo mismo al culto *vértigo* que al popular *méndigo*. Se podría objetar, si se quisiese partir de *albérchigo* como término inductor, que éste es desconocido en muchas regiones (Asturias entre ellas) donde *méndigo* es común. Por otro lado, siendo *mendigo* un vocablo muy antiguo, no se ve claro porqué el sufijo tónico *-igo*, de bastante frecuencia, fue desplazado por el átono.

A. Alonso cree que determinadas secuencias finales de ritmo esdrújulo pudieron crear en los hablantes la conciencia de un sufijo átono *-ago*, *-ego*, *-igo*. Y así *fárrago*, *murciélagos*, *código*, *diálogo*, *prólogo*... habrían atraído a *cólega*, *vértigo*, *méndigo*. En esta explicación encontramos algunas dificultades. En primer lugar, ¿se puede hablar en estos casos de la existencia de un sufijo átono? Hablar de sufijo es suponer que la palabra tiene para el hablante dos unidades: un lexema + un modificativo. Pero en la mayoría de las palabras que se citan son percibidas como signo único. Por otra parte, el mismo A. Alonso señala cambios en sentido inverso, de esdrújulos a graves. *Farrágo* se dice en algunos lugares. Y podríamos citar otras palabras con semejante cambio en el habla popular de las diversas regiones españolas. Entonces, ¿por qué la traslación del acento se verifica en ciertos términos en un sentido y en otros en el inverso? Para salvar esta dificultad, se piensa que pudo haber asociaciones especiales en cada caso. Así, en *méndigo*, pudo influir *pródigo*, palabra de poca frecuencia en la lengua general, pero oída a través de la parábola del «hijo pródigo». También se piensa en la necesidad de diferenciar el sustantivo del verbo, esta distinción apoyada en otras parejas de sustantivos y formas verbales homófonas, pero con distinción acentual, tales como *náufrago* / *naufrágo*, *próspero* / *prospéro*, *pronóstico* / *pronostíco*. Del mismo modo *mén-*

digo / *mendigo*. Naturalmente, abundan significantes que pueden ser sustantivos o verbos sin alteración de acento: *el olvidado* / *yo olvido*, *el vino* / *él vino*. Dentro de la lengua son posibles, pues, muchas asociaciones. La asociación con *pródigo* / *prodigo*, y no con *el vino* / *él vino*, dice A. Alonso, pudo ser favorecida por la homofonía. Pero se da la circunstancia de que *pródigo*—*prodigo*, lo mismo que *yo mendigo*, son muy poco frecuentes en la lengua general. Abundan, en cambio, los finales en *-igo* tónico dentro de la categoría del sustantivo (*amigo*, *enemigo*, *castigo*, *higo*...). Parecería que la tendencia sería más bien a mantener el ritmo grave *-igo*.⁶

Corominas⁷ piensa en la relación con *mendigar* con las parejas *tósigo* - *atosigar*, *médico* - *medicár*, *látigo* - *latigázo*. Pero *tósigo* - *atosigar* no pertenecen a la lengua popular, lo mismo que *medicar*. *Látigo* - *latigázo* pertenece a distinto campo semántico y morfológico. No parece, pues, que sea ésta la causa del cambio acentual.

La dificultad de encontrar una explicación satisfactoria se debe en parte al hecho de tratarse, como dice Corominas, no de un cultismo como *médula* o *fárrago*, sino de un término considerado como de uso general en todas las épocas y común a todos los romances occidentales. Por ser una voz tradicional desde los orígenes del idioma, debería haber conservado su acentuación latina: *mēndīcus* > *mendigo*, al igual que *amīcus* > *amigo*. No obstante, la tendencia al esdrújulo es normal en el español de muchas regiones. Debe existir por ello alguna fuerza que empuja a los hablantes a la acentuación esdrújula, a pesar de la fuerte presión académica en sentido opuesto.

Las palabras nunca están aisladas en la mente del hablante. Por sus rasgos semánticos, por su estructura fónica o morfológica, se sienten asociadas —semejantes o contrapuestas— a otras, es decir, ocupan siempre una posición en el sistema de la lengua. Cuando se oye o se lee un término nuevo, de un

(6) M. PIDAL, *Gr. Hist.*, § 6.3, nota final.

(7) *Diccionario crítico etimológico*, en *mendigo*.

modo natural pasa a situarse en un puesto en razón a su semejanza u oposición con otros ya conocidos. Desde un punto de vista externo al que habla, la palabra puede parecer deformada en su fonía o en su sentido. Pero, internamente, desde el que incorpora el nuevo término, no hay impresión de cambio alguno. Reproduce la palabra —el concepto, la fonía— tal como él la percibió.

En el habla de hoy, *mendigo* es sinónimo de *pobre* y de *pordiosero*. Los tres pueden ser usados como equivalentes aproximados en el sentido de 'el que mendiga, que pide limosna'. Pero, como siempre ocurre, no son exactamente sinónimos, pertenecen a distintas lenguas funcionales. *Pobre* es el término más usual para designar a un 'mendigo'. Lo frecuente es decir «dar limosna al pobre», «socorrer a los pobres», «hay un pobre a la puerta». *Mendigo* y *pordiosero* son menos frecuentes. Por otra parte *mendigo* y *pordiosero* pueden tener un valor intensivo o despectivo con relación a *pobre*, que sería un término más neutro. *Mendigo* o *méndigo* parece que lleva destacado el rasgo de 'andrajoso', *pordiosero* el de 'la suciedad'. En Asturias hemos oído expresiones como éstas: «paez un méndigo» o «paez un probe mendigante», es decir 'parece un harapiento, un andrajoso como los mendigos que van de puerta en puerta'.

Sabemos muy poco acerca del valor de las palabras en otras épocas y de los cambios semánticos sufridos. Pero, por algunos indicios, parece deducirse que *mendigo* es un sinónimo culto de *pobre* o valor intensivo y afectivo del mismo. En Juan Ruiz, puede parecer voz popular, al encontrarse en algo que se asemeja a un refrán: «Quien a mal omne sirve siempre será mendigo».⁸ Pero quizás sea una exigencia de la rima con *figo*, *antigo*, *amigo*. El valor intensivo parece presente en esta frase de Cervantes: «Y agora me veo desolado y abatido, pobre y *mendigo*»,⁹ como hoy diríamos con valor intensificativo: *mallo*, *pésimo*. Lo mismo en este párrafo del «Persiles»: «Si los

(8) *Libro de Buen Amor*, l.366-b (tomado de AGUADO, *Glosario de J. Ruiz*).

(9) *El Quijote*, II, III (tomado de FERNÁNDEZ GÓMEZ, *Vocabulario de Cervantes*).

pobres, aunque mendigos, suelen llevar con pesadumbre el verse desterrados».¹⁰ Poco nos indican estos versos de Calderón, porque la rima puede imponer la palabra: «Este hidrónico sediento / con este hambriento mendigo / tras su voz traigo conmigo».¹¹ Pero el tecnicismo médico inicial «hidrónico» nos indica quizás que se está hablando desde un tono elevado.

El encontrarse esta voz en Berceo, Juan Ruiz y en los clásicos nada nos indica con seguridad respecto a que haya sido una palabra popular o no. Su frecuencia en los textos literarios no parece muy alta. Podríamos entonces suponer que fue divulgada en la época moderna a través de los libros, los periódicos, como ocurrió a otras muchas palabras. Al incorporarse de verdad a la lengua hablada, sufrió un proceso de adaptación como tantos otros cultismos. La dislocación del acento fue una consecuencia de este proceso de adaptación. *Mendigo* fue sentido como un pobre más pobre, con matiz despectivo. *Mendigo* es un pobre en esencia y en apariencia, al que ladran los perros y apedrean los niños. En este sentido, pudo asociarse con otros esdrújulos vulgares de valor despectivo, variables según las diversas regiones. Así, en Asturias, *méndigo* forma grupo por su significado y fonía con *zámbigo*, *mastuérzanu*, *cácabu* («paez un cácabu» 'parece un carcamal'), *quéndanu* ~ *cándanu*, *pánfilo*, *tórdiga*, *pértiga*, todos ellos referentes a personas con matiz despectivo. Y otros de más extensión como *cernícalo*, *gaznápiro*, *pícaro*, *estúpido*. Asociaciones diversas pudieron haber influido según los ambientes. El mismo *pródigo*, aunque no frecuente, pero sí muy oído, pudo ser un apoyo más en la serie. El grupo numeroso de sustantivos esdrújulos, unos populares como *carámpano*, *biruévano*, *muérdago*, otros cultos como *teólogo*, *canónigo*... apoyaban también la acentuación esdrújula. Por otra parte, la acentuación llana *mendigo* rompe la unidad semántica de la palabra. La secuencia final *-digo* tiende inevitablemente a la asociación con la forma verbal tan frecuente. Con facilidad se origina el equívoco: *mendigo* > *medígo* > *me digo*. La acentuación es-

(10) *Persiles*, II, VII (de id.)

(11) *El nuevo hospicio de los pobres* (tomado del *Diccionario de Autoridades*).

drújula deshace todo equívoco. La unidad semántica de la palabra queda realzada, destacada. Podríamos decir que hoy, *méndigo* y *mendigo* no se refieren al mismo concepto. *Mendigo* es una variante culta de *pobre*; en el habla popular *méndigo* es una designación llena por lo general de una afectividad despectiva que no posee *pobre*.¹²

Périto

La acentuación esdrújula está muy arraigada en todo el español vulgar. El cultismo *perito* se introdujo en el siglo xvi con el significado del étimo latino correspondiente *peritus* 'experto, experimentado, práctico'. En el xvii era sentido como término cultista, y figura entre las voces afectadas por censuras o parodias literarias.¹³ El cambio de acento se debió a dos hechos producidos simultáneamente: nueva acepción de la palabra como 'técnico de grado medio, con un título estatal', y difusión en la lengua general. Con el significado inicial continúa dentro de la lengua más o menos técnica, y por consiguiente, no ha sufrido cambio alguno. Está, además, afianzado en otros términos de semejante contenido semántico como *pericia*, *pericial*, *impericia*, *imperito*, todos ellos de extensión muy limitada. Pero, con el nuevo sentido de 'técnico de grado medio', se generalizó, y en la conciencia de los hablantes quedó integrado en otro campo semántico: en el de *médico*, *físico*, *químico*, todos ellos muy frecuentes y usados desde muy antiguo. La acentuación grave *perito* pone de relieve el diminutivo. La interpretación como esdrújula evita todo equívoco. Refuerza la unidad de la palabra como en el caso de *méndigo*. El cambio de acento no significa sólo eso, sino, sobre todo, cambio de sentido, e incluso, podríamos decir, de

(12) El sentido originario del *m e n d i c u s* latino parece que fue 'el que tiene defectos físicos, débil', más tarde 'pobre', y finalmente 'mendigo' (ÉRNOUF-MEILLET, *Dictionnaire étymologique de la langue latine*).

(13) D. ALONSO, *La lengua poética de Góngora*, pág. 105.

categoría gramatical: *perito* «adjetivo» / *périto* «sustantivo». *Perito* con el primitivo significado y con el moderno sigue siendo propio de la lengua culta. En la lengua popular, para 'técnico' sólo existe *périto*; para el primer significado de *perito*, hay abundancia de adjetivos: *experimentado*, *práctico*, *hábil*, *curioso*... No se sentía por ello la necesidad de incorporar un vocablo nuevo.

Pápiro

Pápiro es un duplicado culto de papel. Aunque la acentuación *pápyrus* está documentada, el moderno *pápiro*, como dice A. Alonso, no deriva de este primitivo *pápyrus*, sino del moderno *papiro*. *Pápiro* tuvo en España bastante difusión hace unos treinta años para designar de un modo humorístico a los billetes de banco de cien o de mil pesetas. En el Diccionario Ideológico de Casares figura como voz familiar con la acepción de 'billete de banco'. No sé qué otro significado pudo tener en España o en América. A. Alonso no hace referencia al significado. Piensa que el esdrújulo es una interpretación rítmica popular del cultismo *papiro*, bajo el influjo de *sátiro*, *céfiro*. Pero éstas son palabras muy poco populares. En España, me parece que hoy no tiene uso. Quizás haya sido desde el comienzo una voz algo artificiosa, tomada y difundida acaso desde alguna obra de teatro en boga. Se podría pensar en la relación con *gaznápiro*, teniendo en cuenta el sentido humorístico que *pápiro* ha tenido. Si esto fuese así, *pápiro* no puede considerarse como una variante popular de *papiro*, como el popular *piscología* pasó a ser algo distinto que *psicología*.¹⁴

La consideración de los vocablos anteriormente estudiados se podría extender a otros esdrújulos, considerados hoy como correctos, pero tachados inicialmente de «viciosos» o «dispara-

(14) *Piscología* significa 'cuquería, astucia, vista'.

tados» por los lingüistas por no ajustarse a la acentuación etimológica. La tendencia a la ultracorrección o a un nuevo esquema rítmico no explica suficientemente los hechos. Iría además contra el buen sentido el pensar que son los más pedantes los que imponen su norma sobre todos. Vemos en todos estos cambios manifestación de la tendencia presente siempre en el hablante a integrar el vocablo nuevo con los demás de la lengua, atendiendo al mismo tiempo a sus rasgos fónicos y semánticos. Se trata en esencia de convertir el signo lingüístico, que parece arbitrario visto desde fuera de la lengua, en signo motivado, en relación natural con las demás unidades de la misma lengua.

Por otra parte, y viene a ser una confirmación de lo dicho anteriormente, son también bastante frecuentes los cambios de palabras del ritmo final esdrújulo a ritmo grave.

Damáso

La acentuación llana es la popular, como lo demuestra la tacha de incorrección que anotan las gramáticas. La secuencia final átona *-aso* se siente aislada dentro de las palabras usuales de la lengua, y concretamente en el campo de los nombres propios de personas. Esta rareza hace precisamente que la percepción clara de todos los fonemas resulta difícil de reconstruir. De ahí la interpretación como *Dámaso* o, más frecuente, como *Damáso*, donde todos los fonemas se realizan de un modo más pleno y perceptible, como consecuencia del acento equilibrado en posición medial. Como asociación semántica, ha contribuido quizás la relación con los numerosos finales en *-áso* o *-ásio*, *-ása*, algunos dentro de la misma categoría de nombres de personas: *Gervasio*, *Nicasio*, *Eufrasio*, *Tomás*, *-ása*, *Nicolás*, *-ása*.

Carítas - Carítes

Dentro del asturiano de Lena es la acomodación del cultismo muy reciente *Cárítas*. El hablante que oye o lee esta palabra la interpreta como 'asociación de caridad para socorrer a los pobres'. La secuencia final *-as* se siente como un morfema del plural femenino. Por eso, según el subdialecto asturiano que se utilice, se transforma en *carítes* o *carítas*, al igual que se dice *vacas* o *vaques*. Al mismo tiempo, la secuencia *-it + as* se percibe como un infijo, el mismo que se encuentra en *pobrec-it-as*, *viejec-it-as*, *monj-it-as*. De un modo lógico la acentuación recae sobre él. De este modo la idea de lo que 'Cárítas' representa aparece más claro, más motivado, y en dependencia muy estrecha con *caridad*, *caritativo*. La acentuación *cárítas* no posee para el hablante relación con el concepto que representa. Sería un término anómalo, un latinismo crudo, como efectivamente lo es cuando queda inmovilizado, sin posibilidad de tratamiento morfológico. En cambio, con el traslado de acento y la relación con *caridad*, *caritativo*; con la interpretación de la secuencia final como diminutivo, el vocablo está claramente motivado y situado tanto morfológica como semánticamente. Pasa a otra categoría gramatical (antes, nombre propio) con la posibilidad de llevar artículo: «A esi socórreru les carítes» 'a ése le socorren los de Cárítas'.

Dinamo

La acentuación esdrújula *dínamo* del Diccionario académico nunca se introdujo en la lengua hablada. Y así, hasta los profesores de física, al explicar la lección sobre estas máquinas, se sentían en la necesidad de precisar que la *dínamo* del texto era lo mismo que *dinámo* en el lenguaje de todos los chóferes o mecánicos. En vista de su difusión, la Academia ha terminado por considerar correcta la acentuación *dinámo*. La acentuación llana parece una consecuencia de ser un término abre-

viado de máquina *dinamoeléctrica*. En esta reducción silábica, lo normal en castellano es el vocablo llano: *preuniversitario* > *preu*, *televisión* > *tele*, *José María* > *Jóse*, *Teófilo* > *Teo* o *Tito*. Además la acentuación llana relaciona la palabra con *dinámico*, *dinamismo*, *dinamómetro*, *dinamita*. La secuencia átona final *-amo* existe, pero en voces sin relación semántica con una máquina dinamoeléctrica, tales como *cáñamo*, *álamo*...

Podríamos citar más casos, oídos esporádicamente aquí y allá, de interpretación de esdrújulos cultos como paroxítonos, *bolígrafo* > *boligráfo*, *helicóptero* > *helicotéro*, *cónclave* > *concláve*.¹⁵ Si no se interfiere una asociación semántica o morfológica, parece que el proceso más frecuente es el paso de esdrújulo a grave, hecho explicable teniendo en cuenta que el ritmo final grave o trocaico es el de mayor frecuencia en castellano, y, por ello, donde es posible encontrar más asociaciones con otras palabras.

Los cambios acentuales se deben fundamentalmente a causas semánticas, entendiendo semántico en un sentido amplio que incluye a lo morfológico. Todas las palabras de la lengua tienen una significación deducida de la naturaleza y estructura de los elementos fónicos que la integran. La palabra nunca está aislada en la mente del hablante. Está en relación natural con otras, lo mismo por su fonía que por su sentido. Gracias a esta interrelación fónica y semántica, las palabras acuden dóciles para transmitir un mensaje. Su afinidad hace posible su manipulación automática. Cuando un término nuevo —cultismo o extranjerismo— se incorpora a la lengua general, se sitúa inmediatamente en un grupo de palabras, teniendo en cuenta conjuntamente sus rasgos fonéticos y noéticos¹⁶. Si su estructura fónica se siente como extraña dentro del sistema de lengua, es modificada, es interpretada de un modo especial. Queda así convertida en término vivo, disponible, por donde

(15) De este modo, la acentuación popular vuelve a la clásica. Pero es un vocablo de poca circulación. Aparece muy esporádicamente.

(16) Aplicando la terminología de LUIS J. PRIETO: *rasgos noéticos* 'los que caracterizan el sentido' (*Principes de noologie*, § 3).

pueda circular la savia de la lengua, la red de categorías gramaticales, que hacen de las voces del diccionario un organismo.

Las palabras castellanas, atendiendo al acento, pueden tener ritmo agudo, grave o esdrújulo. La voz nueva se incorpora normalmente conservando el acento que tenía. Podemos observar en el habla dialectal grandes alteraciones fónicas de un término culto, pero quedando invariable la posición del acento. Así, *silicótico* o *silicoso* se convierten en el habla de Lena en *silicúticu* o *silicusu*, con la inflexión metafonética característica del asturiano central. Pero el ritmo final *-ico* átono o *-oso* tónico se mantiene, porque se sitúa dentro de una secuencia final muy frecuente con el significado de 'cualidad de'. *Silicótico* queda en el grupo de *tísico*, *anémico*, *raquítico*; *silicoso* en el de *hermoso*, *vergonzoso*, *roñoso*...

El cultismo *vehículo*, frecuente en el lenguaje de los periódicos, está bastante extendido en Asturias en el lenguaje hablado, pero transformado en *vínculo*. Observando la lectura del periódico por personas iletradas, oímos diversos tipos de realización del término extraño: *vínculo* ~ *veínculo* ~ *vículo*. El hiato tiende a eliminarse porque no va unido a ninguna significación, como la hay, por ejemplo en *verdaéera*, *verdaéero*, *verdaéeros*, donde se percibe con claridad el lexema *verda-* + los modificativos *-éero*, *-era*, *-eros*. La perduración del hiato pondría en relación a *vehículo* con 'ver'. La dislocación del acento y la perduración del hiato la convertiría en un término malsonante. La eliminación del hiato, la intercalación de la nasal /n/ de un modo semejante a *carámpano*, *túmbanos*..., parece reforzar la acentuación esdrújula, y con ello queda destacada la unidad semántica de la palabra.

La imposición de pronunciaciones tachadas inicialmente de incorrectas no se debe al pedantismo de unos pocos, sino a que cierto tipo de asociaciones se dieron al mismo tiempo en muchos hablantes. Las pronunciaciones populares se imponen a veces porque la norma en ellas actúa desde dentro del sistema lingüístico. En cambio, las razones de los hablantes cultos pueden ser en ocasiones extralingüísticas. Así, cuando se dice que tal palabra debe acentuarse de este modo teniendo en cuenta

su etimología griega o latina. Aparte de la etimología histórica, la palabra tiene en cada momento una etimología para quien la usa. Y es, naturalmente, esta etimología, este sentido, lo que se impone. No olvidamos, desde luego, que la presión culta es también muy importante. La variedad de influjos, cultos o populares, regionales o dialectales, han contribuido a enriquecer la lengua que usamos.

Los cambios de acento experimentados por las lenguas romances con relación al latín se acomodan a una norma semejante a la observada en la incorporación de los cultismos a la lengua general. El acento suele perdurar en la sílaba que originariamente lo tenía. Es natural, puesto que constituye el núcleo fónico y semántico de la palabra. Su alteración obscurecería el sentido. Los pocos cambios acentuales que se han señalado se deben a motivos semánticos, no rítmicos. Así los compuestos *renōvo* o *renēgo* no se acentúan *rénovo* o *rénego* conforme a la regla de la cantidad de la penúltima, sino *renēgo* o *renóvo* porque el hablante percibía con claridad dos unidades de significado: *re + négo*, *re + nóvo*. Cuando se había perdido la conciencia de las unidades semánticas que integraban la palabra se mantuvo la acentuación tradicional: *re-cĭto* > *récĭto*, *com-pŭtat* > *cómputat*.

Respecto a los helenismos, se considera que lo correcto en lo que se refiere a la acentuación es ajustarse a la regla de la cantidad de la penúltima. Pero las numerosas excepciones se explican fácilmente si se tiene en cuenta que había desaparecido la distinción cuantitativa, y el acento pasó a tener valor primordial para la caracterización e identificación de las palabras. Por eso *ἔρημος* pasa a *éremos* y no a *crémos*, *εἰδωλον* a *ídolum* y no a *idólum*. Como los oxítonos griegos pasan con frecuencia a proparoxítonos latinos, se ha hablado de una preferencia vulgar por el esdrújulo. Pero estas «preferencias» requieren una explicación. Se ha dicho que ello es debido a que el latín no tenía oxítonos. Pero, ¿por qué el cambio no fue en paroxítono? La causa fundamental está —me griego del tipo *συκωτόν, ὄρφανός, μοναχός*, junto al acento parece— en los acentos secundarios de la palabra. El oxítono en la final, llevaba otro secundario en la antepenúlti-

ma que en ciertos casos tenía aún más relieve por ser la sílaba inicial. Como el hablante latino, no acentuaba la sílaba final, no percibía este acento como algo distintivo en las voces griegas, pero sí el acento de la antepenúltima, ya que se correspondía con el ritmo de su propia lengua. De este modo los vocablos anteriores quedaron incorporados como *ficatum*, *órphanum*, *mónachus*. La unidad semántica de la palabra trisílaba queda destacada con el acento agudo o esdrújulo. La acentuación grave rompe con frecuencia la unidad de la palabra, destaca el modificativo que se incorpora al lexema.

El cambio popular de *ojalá* en *ójala* puede tener la misma explicación. A. Alonso, que cita además la variante *ojála*, considera muy extraña la acentuación esdrújula, y piensa en el posible influjo del esquema rítmico correspondiente a algunas de las fórmulas deprecativas desterradas por el arabismo, o también, el influjo del *oh* interjetivo inicial. Corominas cree que la pronunciación enfática inicial la dota de un acento secundario que originaría la acentuación esdrújula. Pero la explicación no puede basarse sólo en el acento secundario de la sílaba inicial. El cambio debe relacionarse con la pérdida de la conciencia de dos unidades de significado. Fue percibido como un signo único, indescomponible, en la categoría de voces interjetivas, todas con fuerte acento en la sílaba inicial, tales como *¡hóla!*, *¡brávo!*, *¡víva!*, *¡ánda!*, *¡tóma!*, *¡váya!*, *¡buéno!*...

En todos los casos llegamos a la misma conclusión: los cambios de acento se deben esencialmente a causas semánticas. La fonía sólo tiene valor en cuanto nos lleva al sentido.

J. NEIRA